

aceptación sin reclamos frente a la fuerza de las cosas: es la aceptación sin reclamos frente a la fuerza de las cosas: es la aceptación de la existencia de esos núcleos duros que pueblan la realidad, de que la voluntad no se despliega a gusto en tierra de nadie, sino que inevitablemente se topa con la resistencia de los hechos para dejar algo de sí en el choque. Evoca, en definitiva, esa medida de la que habla Weber.

La ironía es la actitud que acepta la tensión convicciones-responsabilidad, o espíritu (puro)-vida, en palabras de Mann. Habrá entonces *una* política irónica. *Una*, en efecto: Mann, en esta primera etapa de reversión de su apoliticismo, la que se plasma en el final de *Consideraciones...*, considera que sólo la política conservadora es la auténtica política, aquella cabalmente responsable. Recogiendo el pensamiento de Adam Müller, del que se declara deudor, dirá que éste «define a la política (...) como el principio que nos enseña “a emplear con ciertas precauciones” el derecho positivo-histórico e indubitable, a reconciliarlo con la conciencia, la astucia, el presente y el futuro, la utilidad, es decir como el principio de la intermediación, de la compatibilidad, de la persuasión y el compromiso (...) pues bien, ahí tenemos nuevamente la política, y más exactamente política en ese sentido irónico y conservador que es peculiar del sentido y del espíritu de la política» (*Consideraciones...*, p. 593). Con estas palabras, Mann sella su visión de esta inicial reversión del modelo central de *Consideraciones...*: la política ha dejado de ser negativa como tal, y ahora es rescatada como verdadera política, la única posible, aquella irónica, que no es otra que la conservadora.

Así como Weber rescata tres cualidades básicas de la ética de la política como profesión, aislará una como la contrafigura de éstas. Dirá que hay un rasgo que ningún político se puede permitir tener: la vanidad. La vanidad corroe la unidad en tensión de aquellos tres elementos.

Este punto tiene su propia conflictividad, porque precisamente el político, al tener ansias de poder, es el que más expuesto se encuentra a caer en la vanidad. Para el autor de *Parlamento y gobierno...* la vanidad consiste en «tomar a la ligera la responsabilidad que por las consecuencias de sus actos le incumbe [al político] y preocuparse sólo por la “impresión” que causa» (*La política como vocación*, p. 350). El problema del político no es aspirar al poder como medio, porque es su imprescindible arma de trabajo, sino elevar el poder a fin en sí.

La vanidad es el mundo de las apariencias, de los efectos, de las impresiones. Las acciones del político vanidoso, el «político de poder», parecen contundentes, pero no son sino pura oquedad. Escribe Weber: «Cuánta debilidad interior y cuánta impotencia se esconden tras esos gestos, ostentosos pero totalmente vacíos. Dicha actitud es producto de una mezquina y

superficial indiferencia frente al *sentido* de la acción humana, que no tiene ningún parentesco con la conciencia de la urdimbre trágica en que se asienta la trama de todo quehacer humano y especialmente el quehacer político» (*La política...*, p. 351).

Esta antítesis puramente negativa entre responsabilidad y vanidad, en Mann, aparece personificada. Tomará cuerpo en su antagonista polémico, su hermano Heinrich, y esta metaforización queda rubricada desde el inicio con el apelativo que Mann utiliza para evocarlo en *Consideraciones...*: Heinrich será «el literato de la civilización», que en alemán supone un sentido aún más peyorativo, equivalente al español «intelectualoide».

Como en Weber, para Mann el vanidoso huye de la responsabilidad por la vía de los gestos. Y la principal gesticulación es la apelación misma al compromiso del artista con la política, porque supone una aceptación meramente exterior de los compromisos específicos de la política como quehacer. En efecto, el artista comprometido pontifica, habla, sentencia, pero *no hace* política. Se sitúa por fuera de ésta, y así se autoexime de la responsabilidad, de las consecuencias de su oratoria. Como vimos, para Mann política y arte tienen, en tanto implican situaciones diferentes, éticas disímiles, y no se puede estar a horcajadas en ambas. O se está en una o se está en la otra —de la misma manera que para Weber se está en la ética de la responsabilidad o en la absoluta de los principios—. Al desentenderse —y saber que nadie le pedirá cuentas— de la responsabilidad por las consecuencias de sus actos, el artista se aboca a causar efectos, impresiones. «No son las consecuencias, los efectos, lo que importa: el artista político es el artista *más ávido de efectos* que existe, pero oculta su avidez de efectos mediante la teoría de que el arte debería tener consecuencias, más exactamente políticas» (*Consideraciones...*, p. 557).

Esta autoeximición de responsabilidades redundará en un desafecto por la objetividad, por la realidad. Aquí reaparece el eco de la semejanza entre la reflexión de Weber y la de Mann: la vanidad minando la objetividad (medida) y la responsabilidad, dos elementos básicos del político.

En Mann, esta problemática aparecerá, como anteriormente, bajo otras denominaciones, más próximas al mundo literario. La huida de la realidad, de lo objetivo y cercano, será la contracara de la ironía y del impresionismo. Estas últimas, precisamente, por ser una combinación de crítica social literaria y de un estilo caricaturizado/deformado a la hora de presentar la realidad. «Aquí radican los peligros de la *sátira*. El conflicto interno de la sátira es, se me antoja, que es necesariamente arte grotesco, vale decir, expresionismo, y que, en consecuencia, en ella el elemento receptivo amoroso y sufriente se halla más débilmente desarrollado, que su vinculación con la naturaleza se halla expuesta al aflojamiento, mien-

tras que, al mismo tiempo, no hay género artístico que deba permanecer más responsable e íntimamente vinculado con la vida y con la realidad que la sátira, puesto que la misma pretende acusar, juzgar y castigar a la vida y a la realidad» (*Consideraciones...*, pp. 576-77). También Weber criticará al expresionismo, al que considera una suerte de narcótico, por su incapacidad para atender a lo real.

Esta huida de lo real por la vía de la gesticulación hueca que busca la impresión representa el verdadero esteticismo, en tanto culto de la belleza exterior del ademán. «No sé si el antipolítico es también un político. Pero tengo la certeza más evidente de que el antiesteta, el político del espíritu y demócrata de las bellas letras es también un esteta, de que su politicismo es sólo una forma nueva y sensacional de la *bellezza*. Ante todo es *bellezza* su radicalismo. (...) Es sumamente habitual confundir radicalismo con profundidad. Nada más falso. Radicalismo es bella superficialidad, un generoso culto al ademán que lleva hacia lo coreográfico» (*Consideraciones...*, p. 556-57).

## El advenimiento de la política moderna

Tal como hemos anotado al comienzo, el fin de siglo supone una ruptura, un cambio de época, y no sólo en Alemania, sino en el mundo. El corte finisecular está marcado por una doble crisis: en primer término, la crisis política y económica derivada del fin del liberalismo clásico, y, en segundo lugar, la reconstrucción que se impone de las relaciones entre Estado y mercado y Estado y sociedad civil<sup>3</sup>.

El grado de concentración e internacionalización que toma el capital hacia fines de siglo, quiebra la prescindencia del Estado respecto de las fuerzas del mercado predicada por el orden liberal clásico: comienza a imponerse una regulación del Estado como vía de protección para la reproducción del capital. Lo social deja de estar moldeado exclusivamente por la libre circulación de las fuerzas del mercado.

Como consecuencia del crecimiento del capital y del desarrollo de las fuerzas productivas, aparecen en la escena pública grupos sociales organizados, que pugnan por colocar sus intereses específicos en la esfera estatal. La política es cada vez menos una cuestión de ciudadanos, y comienza a presentarse como una pugna entre intereses sociales representados orgánicamente. El ejemplo más visible será el auge del movimiento obrero, que se traduce en la conformación de poderosos sindicatos.

La complejización del mundo económico y político lleva a la remodelación del aparato estatal. La división social del trabajo se profundiza y especializa, y a este fenómeno no puede escapar la administración del

<sup>3</sup> Portantiero, Juan Carlos: «Estado y crisis en el debate de entreguerras», en *Los usos de Gramsci*, Folios Ediciones, Buenos Aires, 1983. Se ha seguido este trabajo para la caracterización de la crisis mundial finisecular.

Estado, sobremanera cuando la presencia de lo político en la planificación social se hace más fuerte. Se va conformando, entonces, un Estado burocrático, racionalizado, organizado. Weber tematiza esta problemática en un trabajo anterior a su conferencia precitada, nos referimos a *Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán*.

Refiriéndose al caso alemán, Weber destacará el rasgo central que marca el cambio de época en el mundo: la incorporación de las masas a la vida estatal. El fin de la política de los ciudadanos da lugar a la irrupción de los intereses grupales organizados, los cuales son ineludibles desde ahora para cualquier política estatal. Por el contrario, el propio Weber dirá que el modo de incorporar esta pugna de intereses democrática será darle el lugar central de la vida pública al parlamento, y consolidar definitivamente el sufragio universal como modo de selección de los líderes políticos. Se trata, entonces, de un cambio de los factores de legitimación del sistema político: se ha pasado de la política de los notables a la presencia institucionalizada de las masas. Es el reconocimiento del conflicto como centro de la vida pública, la creación de la ciudadanía y del espacio público. La política ha dejado de ser patrimonio de una élite, y asume su forma moderna, basada en el reconocimiento de la existencia de pugnas en el interior de la sociedad, de intereses encontrados. La incorporación de las masas supone asimismo el principio del fin de una cultura política marcada por la negatividad con la que las clases subalternas se relacionaban con el aparato estatal; la incorporación es también la asimilación, por la vía de la corresponsabilidad gubernativa y del consenso, de las masas a la vida estatal. La política se plasma como relación de fuerzas, alejándose de la ilusión de ser mera gestión estatal apolítica del bien común.

La incorporación de la ciudadanía a la vida política reviste caracteres traumáticos en Alemania. No sólo por lo que de conflicto social y político supone, sino también porque implica el quiebre de toda una tradición cultural hegemónica.

En efecto, no sólo supone realizar en un solo movimiento la creación de una verdadera ciudadanía y, a la vez, superar la crisis finisecular de incorporación orgánica de las masas a la vida estatal, sino que también implica el fin de la cultura del apoliticismo romántico como valor positivo. En fin, se trata de plasmar —simultáneamente— la adquisición de la ciudadanía política y de la ciudadanía social, y, a la vez, quebrar un universo ideológico (en trazo grueso, el del romanticismo) que legitimaba al exclusión. Es que, como señala Weber, «las masas ya no se tratan como objeto puramente pasivo de administración» (*Parlamento y gobierno...*, p. 148).

La debilidad de la cultura política alemana es remarcada por el propio Weber en *Parlamento y gobierno...* al considerar negativa la herencia de la época bismarckiana: el final de ésta ha encontrado al pueblo más despolitizado que a su inicio, dado el acostumbramiento a delegar en el gran hombre las decisiones públicas, en las cuales debería hacer oír su voz. Precisamente, de lo que se trata ahora es de construir un sistema político afianzado en formas institucionales impersonales, cuyo centro no sea más ya la voluntad omnímoda del gran líder. Esta transición se vuelve crítica, además, por la falta de una tradición de institucionalidad liberal en Alemania, dado el fracaso de la revolución del '48, la unidad estatal excluyente practicada por el bismarckismo (*Kulturkampf* y persecución de socialistas y sindicalistas) y la práctica de un sufragio censitario, por capas sociales.

Cabe anotar que Thomas Mann, en la parte central de *Consideraciones...*, dice aceptar el liberalismo sólo como forma de selección de los funcionarios del Estado entre la aristocracia, pero se muestra decidido a complementarlo y contrabalancearlo con una monarquía fuerte, que cierre la posibilidad de una democracia política. Pues bien, en *Parlamento y gobierno...*, Weber destacará como signo del nuevo Estado moderno el fin del funcionario patrimonial y el ascenso de la burocracia especializada. La autoridad pasa del patrimonio al saber, legitimado por el consenso popular. Escribe Weber: «La importancia de la *democratización activa de las masas* reside en que el jefe político ya no es proclamado candidato en virtud del reconocimiento de sus méritos en el círculo de una capa de *honorarios* (...) sino porque consigue la confianza y la fe de las mismas masas» (*Parlamento y gobierno...*, p. 149).

La complejización de las relaciones sociales, manifestada en la emergencia de un nuevo tipo de Estado, y de nuevas relaciones entre Estado y mercado y Estado y sociedad civil, está determinando la nueva especificidad que adquiere la cuestión de la dirección política de la sociedad. La política se torna profesión, en tanto es la actividad dirigida a comandar el aparato de fuerza legítima de una sociedad compleja: el Estado. Este elemento, como lo distintivo de «lo nuevo», de la época que comienza tras la Gran Guerra, es lo que están viendo tanto Mann cuanto Weber, y aquí se puede afincar la hipótesis del por qué de la convergencia.

Y bien, Mann ha hecho su propio tránsito. Éste lo ha llevado desde terrenos antimodernos, los del romanticismo apolítico, a los del compromiso con los valores fundantes de la modernidad, situación que se expresará en su defensa de la democracia política y las libertades públicas.

Thomas Mann se ha desplazado desde el mundo de la interioridad espiritual, que es exterior de la modernidad, el del apoliticismo y el particula-

rismo (germano), el de la burguesía patricia y la aristocracia, el del artista y el burgo hanseático, a ese otro mundo de la tensión entre espíritu y vida, que es el del interior de la modernidad, el de la política y el universalismo, el de la burguesía y la democracia política, el del intelectual y las ciudades cosmopolitas del capitalismo. Mann ha cambiado su terreno de creencias, pero su suelo incierto no ha dejado de ser la ironía.

Y en este pasaje, que nada ha tenido de armonía y limpidez, ni ha resultado en modo alguno tajante, absoluto, pues como en todo tránsito el caminante llevará consigo algo de ese todo en el que ya no puede seguir siendo, Mann ha realizado lo que aconsejaba para sus adversarios: desprenderse, a la hora de hacer política, de la mera ética de las convicciones, esa misma que nutrió el talante de Mann hasta llevarlo a la exaltación de la Gran Guerra, para situarse en la incomodidad existencial de la tensión entre convicciones y responsabilidad, que fue al fin la que colocó a Mann entre los intelectuales weimarianos. Es que entre esos dos mundos que fueron las dos épocas alemanas que la Gran Guerra escindió, siempre más en uno que en el otro, sin importar ahora en cuál, permaneció Mann debatiéndose.

**Javier Franzé**

## Bibliografía

MANN, THOMAS: *Consideraciones de un apolítico*, Grijalbo, Barcelona, 1978.

WEBER, MAX: «La política como vocación», en *Escritos políticos (T. II)*, Folios Ediciones, México, 1982.

— — —. «Parlamento y gobierno en el nuevo ordenamiento alemán», en *Escritos políticos (T. I)*, Folios Ediciones, México, 1982.